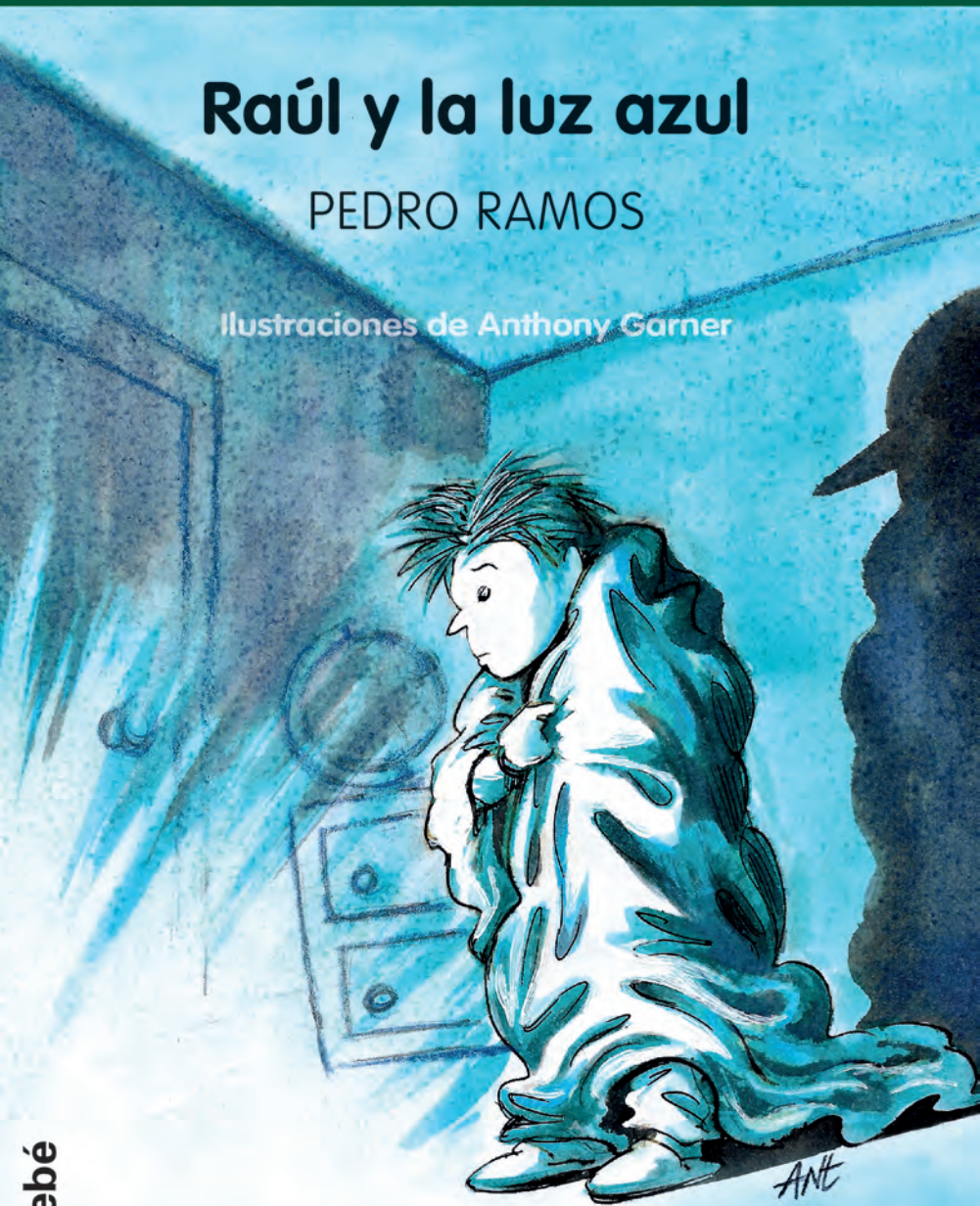


Raúl y la luz azul

PEDRO RAMOS

Ilustraciones de Anthony Garner





Raúl y la luz azul

Pedro Ramos

Raúl y la luz azul

Ilustraciones de Anthony Garner

edebé

© Pedro Ramos, 2020
© Ilustraciones: Anthony Garner

© Ed. Cast.: Edebé, 2020
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look

1.^a edición, febrero 2020

ISBN: 978-84-683-4701-1
Depósito legal: B. 27940-2018
Impreso en España
Printed in Spain
EGS – Rosario 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Raúl y la luz azul.....	7
2. Zoomorfos y otras mutaciones	15
3. Una letra redonda y violeta	27
4. Clase de gimnasia	39
5. El control de lengua	53
6. La despedida	71
7. Un gato de ojos azules	89
8. La visita	105
9. Volver a casa	121
10. Viaje al futuro	137

1

Raúl y la luz azul

Su madre entró en la habitación y les dijo a Raúl y a su hermano que dejaran de pelearse. A la tercera vez, los envió a la cama castigados sin cenar.

Y esta vez estaba tan enfadada que lo cumplió.

Ángela, la madre de Raúl, no solía ser tan estricta con sus hijos, pero desde que se habían mudado estaban raros. Sobre todo Raúl, el pequeño. Era un niño de muy buenas notas y tímido, que había empezado a morderse las uñas y estaba más callado de lo habitual.

Así que, después de decirles que se pasaría luego a hablar con ellos, envió a cada uno a su habitación.

—Y recoged esto antes de acostaros. ¡Va-ya tarde de domingo! —exclamó.

Llevaban toda la tarde revueltos. Después de la barbacoa, jugando con las pistolas de agua. Saltando y corriendo por el jardín. Luego, Raúl se había puesto a estudiar un rato, pero después, cuando estaban echando una partida al NBA en la consola, había empezado la pelea. Últimamente discutían todo el tiempo.

De madrugada, todavía resonaban dentro de la cabeza de Raúl los insultos de su hermano. En realidad, los insultos de su hermano —que era cinco años mayor que él, aunque no lo parecía porque según Raúl era un tarugo— eran tres palabras y ninguna era un insulto, pero dichas por él lo parecían. Las palabras eran: cabeza de chorlito. Una palabra tras otra, una y otra vez. A Raúl le parecía que lo decía de tal manera que resultaba la peor de las cosas que te podían llamar: cabeza de chorlito. Y eso que a él los chorlitos no le caían ni mal ni bien, entre

otras cosas porque no sabía muy bien lo que era un chorlito y, aunque lo había mirado en internet, no había llegado a ninguna conclusión.

Primero: él no ponía huevos. Segundo: él no hacía nidos. Tercero: era cierto que él era más pequeño que sus compañeros de clase, pero no creía que su cabeza fuera desproporcionada con respecto al tamaño de su cuerpo. Cuarto: su coeficiente intelectual era superior a la media según los test que le habían hecho en el antiguo colegio. Así que su hermano solo podía referirse a —quinto— que era despistado. Pero aquello no tenía ninguna lógica, ni siquiera para un bobo como su hermano. Decirle a uno, una y otra vez, despistado, no era un insulto.

Fuese lo que fuese a lo que se refería su hermano con aquellas palabras, cabeza de chorlito, todavía le impedían dormir a esas horas de la madrugada. Y, para colmo, hacía un rato que Raúl tenía muchas ganas de hacer pis. Solo pensar en el frío que tenía

que hacer fuera de su cama, se ponía a tiritar. Así que aguantó las muchas ganas de ir al baño hasta que no pudo más y, cuando ya no pudo más, se levantó muy rápido, metió los pies en las zapatillas y, sin encender ninguna luz, enrollado en su edredón, atravesó el pasillo, llegó al inodoro, levantó la tapa, hizo lo que tenía que hacer, tiró de la cadena, volvió por el pasillo a su habitación y, cuando avanzaba hacia su cama, vio una luz azul.

Una luz azul que salía de debajo de su cama.

Su primer pensamiento fue que aquello era una broma de Edu y que estaría escondido observándole. Sin embargo, no lo encontró ni en el armario, ni detrás de la montaña de cómics, ni debajo de la mesa del ordenador. Con rapidez, Raúl abrió la puerta de la habitación. Tampoco estaba espiándole desde el pasillo.

«¿Qué está pasando?», se preguntó sin apartar la vista de la luz azul. «¿Qué tipo de broma es esta?», se volvió a decir y, conven-



cido de quién era el responsable, fue hasta la habitación de su hermano y abrió la puerta, seguro de que le caería un cubo de confeti o que su hermano saltaría sobre él con una máscara para darle el peor susto de su vida.

Pero no.

Su hermano estaba dormido o, al menos, metido en la cama con los ojos cerrados.

Y no pasó nada.

Solo él, en medio de la habitación, observando a su hermano.

Pensó en despertarlo y decirle lo que ocurría. O mejor, ¿y si no le decía nada?, ¿y si se metía en la cama con él y volvía a su habitación por la mañana? Pero no. Él ya no era un niño de esos que se meten en la cama de su hermano mayor. Sobre todo si es un presumido y se pelea con él y le dice palabras que no son insultos, pero que están llenas de rabia, y su madre los castiga por su culpa.

Así que no lo hizo.

«Total, una luz azul que sale de debajo de la cama... ¿qué puede hacerme?», reflexionó.

Raúl regresó a su habitación y abrió la puerta deseando con todas sus fuerzas que por favor por favor aquella luz azul hubiera desaparecido.

Pero ahí estaba.

Debajo de su cama.

Se abrigó un poco más con el edredón y se acercó a aquella luz. Era como si en el suelo, justo en el centro debajo de su cama, alguien hubiera cavado un agujero y metido un millón de bombillas azules en él. Raúl alargó su mano y no sintió nada al tocar aquel fulgor. Luego, palpó el suelo para comprobar que, efectivamente, debajo de su cama, en el centro exacto de su cama, alguien había excavado un túnel del que emanaba una luz azul.

Entonces hizo lo único que se le ocurría que podía hacer: salió de debajo de la cama, se metió en ella y se arropó hasta la cabeza.

No dejó de temblar hasta que se quedó dormido.

